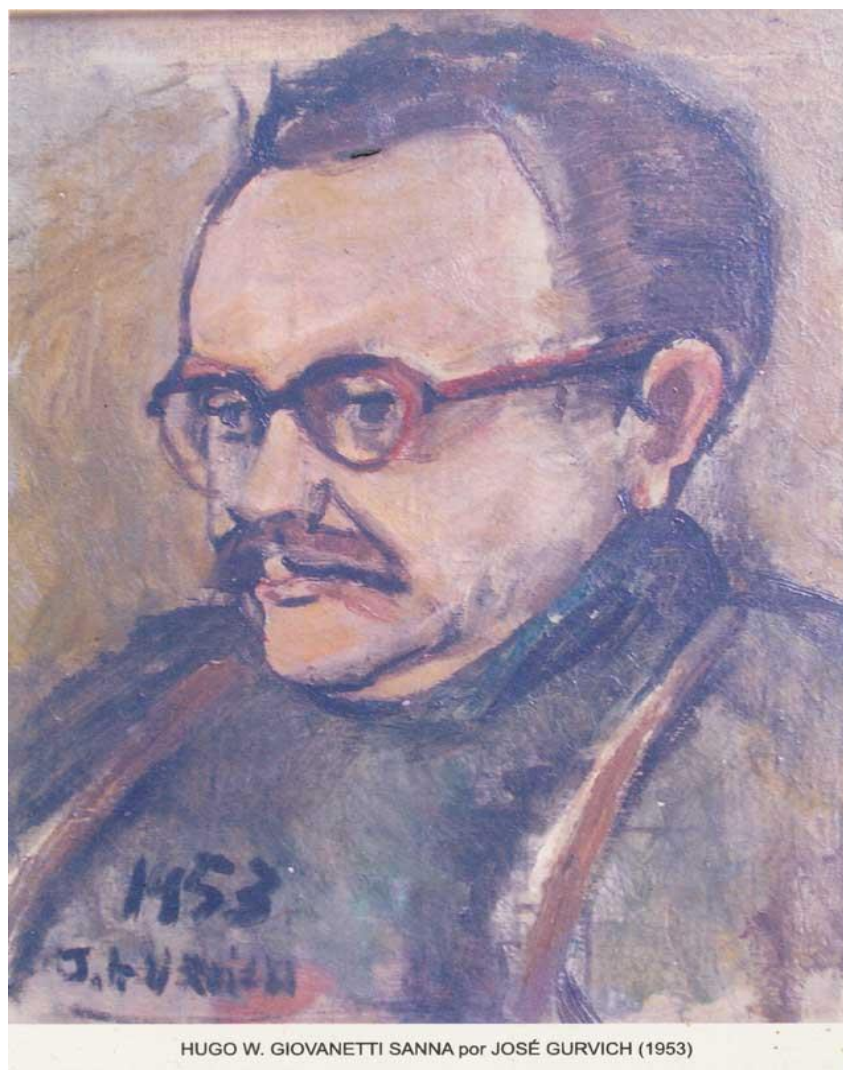


HEREDAD DE MI PADRE (1980 / 1982)

**BIBLIOTECA VIRTUAL HUGO GIOVANETTI
VIOLA / PURO VERSO 3**



Padre: escribimos juntos

estos poemas

*desde que me abrigó
tu lámpara celeste.
Estás allá y aquí
y estoy aquí y allá
como hermanos que llevan
un idéntico nombre.
Que así sea.*

1 (Los hijos)

Llega el momento en que además de inmune
uno puede volverse ajeno a los espejos
que nos exprimen rostros mutilados.

Otros ojos te mojan como antes me inundaste:
reclamando un parral donde no haya intemperie
ni racimos pudriéndose como huevos oscuros
ni escobajos humanos.

(Para fundar el único verano de la vida.)

Son los espejos que te otorgan rostros
en lugar de arrancártelos.
La retina que juzga: sedosa
o desprendiéndose.

2 (El amor)

En el principio flota y fosforece
como un humeante traje de carne desplegándose
sobre dos esqueletos apagados.

Después pasa la vida.

Y en la red de cloacales trincheras ciudadanas
quedan algunos huesos
solitarios o no / luminosos y fieles
remontando la noche.

3 (La felicidad)

Pasan entre las tardes como aquellas palomas
que trasmutaba el viento en un barco encallado.

Mansas consumaciones de la deflagración trinitaria
del hombre / y la maja / y el hijo
que se festejarán como la transparencia
voladora y azul / de frutas de otro mundo.

4 (La luz)

La luz te acariciaba los huesos de la nuca
como un rayo nocturno proyectado en el mundo
desde las contracciones del útero del tiempo.

La adolescencia muerta te embolsaba los ojos.

Hoy hay que dibujar / con ciencia sobrehumana
cada gesto en el círculo del sol que no se incendia.

Y lo demás / no importa.

5 (La pobreza)

Algunos la elegimos / amándola de a ratos
aunque la odiamos siempre como al himen del valle
que queríamos preñar.

Hijo: no te derrumbes por la sed humillada.
Suficiente será con que ganes tu sesgo de luz para la tribu.

Yo la mastiqué a solas
mientras velaba el brillo de invencibles metales
hasta la última paz de mi vida nocturna.

Y cuando la perdí: perdí la vida.

6 (La transfiguración)

Casi al final del día tu corazón emerge
sobre una plataforma silenciosa y dorada

y te nace otro rostro que ilumina la mesa
como un pan invencible.

La desesperación rueda en el suelo y ladra.

Entonces se imaginan encapuchadamente
los verdaderos versos.

Y el mundo vuelve al cauce.

7 (La fe)

Levantarás tu rostro / sobrepuesto al de Job
bajo el faro mortal del último tabaco.

Ahora la eternidad asfalta el cielorrasso como una lluvia muda
y el cuarto es un taller separado del tiempo:
un doblón en las algas de la desesperanza.

¿La fe te hace velar?

Quienes descansan en tu oscuridad
respirarán un ramo de oraciones filtradas
entre murallas físicas
mientras la noche brilla sobre los habitáculos
de las áureas medusas que tañirán mañana.

8 (La invencibilidad)

Para nadie hay descanso: ni en la felicidad
ni en el barro del fondo.

Los hombres contrasurcan una corriente parda
raramente rielante
donde al fin flotarán con las branquias quebradas.

¿Pero cuántos emergen
sobre los maremotos de nuestra travesía
para morder el aire y arrancarle burbujas
al remanso espacial?

Sólo la luz lo sabe.

9 (El aniversario)

Una noche por año
se destapa otro pozo bajo tu corazón
para que hundas los húmeros en el espejo líquido
que le azulaste al mundo.

Tus ojos lo reflejan como huevos brillantes
y las manos emergen vaciadas
y con lágrimas.

10 (El llanto)

Tanto aguantar las aguas de la desesperanza
-que su brillo baboso no helara la sonrisa parida por tu cráneo-
hasta que tras el pozo de una Navidad cruel
donde no viste más que un cielo agujereado
por las rosas rodante del desencuentro humano

se te reventó el rostro frente al Cuento de Dickens
como para lavar / perfectamente a solas
la identidad del ángel cansado que nos queda
después de tanta muerte asumida en silencio.

11 (El infierno)

Hay mañanas nacidas para no despertarse.

Y sin embargo hay vida en la estación oscura:
laberínticos cielos para desentrañar
con los muñones púrpuras de las alas vendadas.

Sin embargo debemos despertarnos.

12 (La caricia)

Si te duelen los brazos de sufrir no los bajes
más que para peinar el lomo de tu sombra.

13 (El perdón)

La mansa luz horizontal del mundo
nos hace ver el mar reverdecido.
Tristes rostros que amamos / como a nuestros espejos
fueron barrido por la imperfección.

Hora para rehacer la eternidad del gesto
el rictus de asunción o elección de la especie
con que al ritmo del sol / ecuménicamente
toda perversidad fue siempre perdonada.

14 (La despedida)

Se parece a la desesperación aunque no sea un pecado:
cuando al tocar un alma dulcemente desnuda
por motivos de adiós
no nos asombra tanto la oquedad espacial
como la de unos ojos.

Y lloramos cantando.

15 (El Otro)

El Otro es el dolor: extenderse a ignorarlo
como quien exorciza un reflejo deforme.

Pero no renegar por agonías: sólo tu rostro
-el peleado entre mares-
sentenciará que un cielo nos espeja.

16 (La muerte)

Plaza de luz lunar: tus hijos y tus muertos
brillando mansamente sobre la grada en sombra.

Y un trasmundo de plata en los ojos del toro.

17 (El cáliz)

Como brindis barrocos que acaban empedrando
los riñones del alma / irreversiblemente
te habitarán los vértices el desencuentro.

Se dividen las vidas.

Y la desgracia filtra su amanecer oscuro
entre la primavera
mientras un hombre muere alargando sus húmeros
y el sudario morado irradia una metáfora
que no alcanzan las sondas de la carne o del cosmos.

18 (El cementerio)

Te asustaban los pinos plantados en el fondo
de aquellas tardes áureas como dulces manzanas
picadas en secreto.

Un monte de serpientes oscurecía la fiesta.

Pero el predicador olvidó que tu vida
fue cuajada en el barro hueco de una mujer
y que no vuelve al polvo lo que ganó el espacio.

Flores son flores: y cipreses cipreses.

19 (El silencio)

Las palabras desoyen las leyes del silencio.

Alguna vez te dije -grabado está en tu infancia
como una maravilla jamás cicatrizada-
que aquello era inmortal.

Y no tuve piedad de los sepulcros.

¿Pero cómo explicar que a la orilla de un faro
emergiera mi voz perfectamente viva
por la celeste gruta de un atardecer tierno
excavado en tu alma?

Y la usina del mar apagó tu tristeza.

20 (La heredad)

I

Casa de atardecer

donde transita el flujo póstumo de mis aguas.

La bucearás ahogándote como un pez en la luz

hueca de una pecera

me jadearás tu amor con burbujas terrestres

y volverás al cauce

sobrenadando humosas marejadas de lágrimas.

¿Dónde se ancló la vida?

II

Una grandiosa sed de resistencia: eso queda del viaje

en la estación oscura. / No me preguntes más.

Pude sobrevivir tras un pincel flotante

a ras de los horrores

siendo sencillamente otro hermano que azula

el color del misterio con la razón domada.

Porque no conocemos de la inmortalidad

más que su espantapájaros.

Pero por sobre todo deberás otorgarle
antes de que atardezca
una mansa mirada fluvial a lo terrestre.

Eso queda del viaje.

III

Dejar más que un recuerdo:
colgar la dulce cumbre de tu cabeza muerta
como un yelmo de abrigo
para que otros la calcen desesperadamente
cuando el río no sea más que un gran vientre talado
y haga falta jadear sin navegar ni hundirse
en la heredad flotante.

21 (La resurrección)

Me contaron que un guía nombrado Dersu Uzala
-que abrevó en la infusión sobrehumana del pueblo
y la naturaleza-
soterraba los bosques con alimento anónimo
para quien precisara beber de la verdad.

¿Recorriendo la casa sobreviene un milagro / esa casualidad

redentora y radiante que unge o escandaliza?

No es la pompa espacial sino la gravidez
de una vida redonda / lo que pesa en el cielo.